

## LA RAZÓN MODERNA Y LOS AVATARES DE LA HISTORIA



Simon Vouet, *Le Temps vaincu par l'Amour, l'Espérance et la Renommée* (1640-1645)

La modernidad se caracterizó por una progresiva confianza del ser humano en su razón y en la autonomía y capacidad de sus facultades para conocer el universo, pero también por la crisis surgida de la fractura de los límites geográficos del viejo mundo y por el mismo avance de los métodos de observación, experimentación, documentación y reproducción del conocimiento y el saber, que propiciaría un agudo escepticismo haciendo urgente una gnoseología de la certeza. En este sentido, junto a la conciencia de autonomía de la razón se va consolidando también una conciencia histórica crítica y una revisión del puesto del hombre en un cosmos que ya no podía comprender sin más como un plan de la providencia, sino más bien como un gran mecanismo regido por leyes necesarias. De otro lado, el mismo cristianismo había planteado en el plano teológico una superación del tiempo como un mero transcurso ciego y cíclico que todo lo engullía (al modo del viejo *Cronos*); su pasar tenía un sentido y planteaba un desafío respecto al plan de salvación. El tiempo como historia de la salvación irá siendo secularizado en la moderna idea de progreso ilustrado, y se ahondará en él de modo crítico desde las grandes filosofías de la historia del siglo XIX, especialmente desde el modelo marcado por Hegel, que se abrirán a todas las esferas de la cultura (arte, religión, modos de vida). Estos factores plantean un escenario complejo para el hombre moderno, que afrontará grandes cambios geopolíticos en la vieja Europa, el nacimiento y la consolidación del Estado en sentido fuerte, el cisma del cristianismo y las guerras de religión y otros conflictos bélicos heredados de la Edad Media, como por ejemplo las guerras otomanas.

A la vista de estos procesos, habrá que admitir que los ideales que cuajarán a lo largo de la ilustración no serán ni mucho menos realidades históricas, sino horizontes utópicos a conseguir desde la transformación o la revolución de la sociedad, y no dejarán de plantearse como elementos de contraste ante los múltiples avatares de la historia, la cual se irá asumiendo como concepto filosófico de primer orden. Podemos decir que la diada abstracta entre el deber ser y el ser, se irá traduciendo en las tensiones de los ideales ético-políticos de la modernidad y la ilustración frente a una filosofía de la historia o una indagación sobre la historicidad que toma diversas formas: desde las macroscópicas del idealismo hegeliano o del materialismo histórico hasta la más existenciales y vitales surgida de la filosofía de la existencia y la hermenéutica, deudoras del reajuste fenomenológico del pensar.

Reunimos en este número trabajos en torno a temas éticos y filosófico-históricos que revisan estas cuestiones planteando muchas veces su actualidad o los desafíos que marcan las siempre nuevas condiciones y avatares de la situación histórica. El primer artículo hace una original revisión de la crítica de Hume a la falacia naturalista, poniendo en relación

su filosofía moral con las nuevas fundamentaciones de una ética de la ley natural, que aportan una revisión de la misma idea de razón práctica insertada en la vida en común. Sin duda la ética de la Ilustración tuvo que reorganizar y repensar sus ideales, más allá del suelo determinista de una naturaleza que ya no desvelaba prescripciones respecto a las decisiones morales humanas. El segundo artículo aborda las relaciones entre la ética y los ideales del amor y la justicia desde dos grandes maestros de la modernidad como son Freud y Kant; el primero planteando un desenmascaramiento profundo de estos conceptos, no sin interrogantes abiertos, que quedan iluminados desde el enfoque filosófico-moral de Kant. Se proponen pautas para una reflexión ética de lo que pueden ser aparentes contradicciones entre el mismo ideal del amor cristiano frente a la noción político-racional de justicia, sirviéndose para ello del agudo análisis de Ricoeur y de una revisión de algunos personajes de Dostoievski. Las relaciones entre ética y política quedan también replanteadas en el penúltimo de los estudios y en el tercero de ellos, que tomando como ejemplo concreto el problema de la guerrilla y su cese en la sociedad colombiana, plantea una decidida apuesta por el valor de la alegría, afrontando también el problema moral de la víctima. La historia y sus larvados conflictos nos abocan a la imaginación y matización de valores morales, como por ejemplo el del reconocimiento, tal como presenta el tercer artículo desde las propuestas de A. Honneth, para una transformación pacífica de los conflictos. El resto de trabajos complementan estos desafíos de la actual filosofía moral y del mantenimiento o reformulación de los ideales de la razón moderna, desde la asunción y revisión crítica de la misma historia, que no puede ser sin más el relato legitimador y épico de un orden o de un plan, pero quizá tampoco una desnuda victoria de un nuevo Cronos, armado con las garras que la misma cultura humana va construyendo. El cuarto artículo revisa el urgente problema del terrorismo islamista internacional desde la “poderosa lente” de Hegel, aportando una reveladora genealogía de los prejuicios e incomprensión de Occidente ante este, iluminando, más allá de los sesgos y desenfuegos hegelianos, las aporías de las que resulta una incapacidad para enfrentar relatos heroicos y épicos radicales como el de la actual guerra santa (*yihad*). No se trata quizá de “comprender”, pero sí de conocer la raíz de esa (¿necesaria?) incomprensión. Y es que la filosofía de la historia no es, ni siquiera con Hegel, una racionalización de *lo acontecido*, resultando esto último con frecuencia muy contrario a todo ideal moral, que a veces queda como proclama inútil ante la persistencia de la barbarie. El quinto artículo revisa la crítica hegeliano-marxista de la utopía y su importante recuperación como *utopía crítica* en Bloch, abierta incluso a un nuevo diálogo con el cristianismo en Ellacuría. El último estudio aborda desde Kojève otro importante lugar común de la filosofía de la historia hegeliana como es el *final de la historia*; asunto que quedará muy enriquecido con la indagación del segundo estudio de las dificultades para asumir “lo contemporáneo” como tal, con sus *anacronías* y *heterocronías*, en vivo diálogo con pensadores actuales como Agamben y la aguda crítica de la conciencia histórica heredera de Nietzsche y la filosofía del siglo XX, que tuvo que enfrentar situaciones de fractura y sufrimiento que parecían liquidadas. El último artículo aborda en este sentido el tema de la *historicidad* en Merleau-Ponty y Hannah Arendt para afrontar desde la inevitable contingencia el mismo sinsentido, y el primer estudio apela al fondo arendtiano del concepto de “régimen de historicidad” del historiador F. Hartog. Estos trabajos plantean así una profunda revisión de la filosofía de la historia que, sin renunciar ni a las visiones amplias necesarias ni al mantenimiento de un horizonte utópico, permita pensar y vivir nuestra inaplazable lucha, también abrazo, con el tiempo que nos atraviesa, como esas decididas diosas que pintaba Vouet frente y sobre el viejo pero incombustible Cronos. Nos preguntamos si algún día aplacaremos su voraz e injusto apetito, o si más bien habremos de aprender a captar su inexorable ritmo, más imprevisible de lo que nuestros relojes desearían; y a bailar, nos guste o no, desde donde sólo es posible: en nuestro(s) propio(s) tiempo(s).

RICARDO PINILLA  
Director de PENSAMIENTO